

Yomi Adegoke

La lista



AdN

Yomi Adegoke

La lista

Traducido del inglés por Inmaculada C. Pérez Parra

AdN

Título original: *The List*

Primera edición: 2024

Diseño de colección: Summa Branding

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



Copyright © 2023 God's Favourite Limited
© de la traducción: Inmaculada C. Pérez Parra, 2024
© AdN Editorial (Grupo Anaya S. A.), 2024
Calle Valentín Beato, 21
28037 Madrid
www.AdNovelas.com

ISBN: 978-84-10138-22-3

Depósito legal: M. 1.089-2024

Printed in Spain

En recuerdo de mi querido abuelo

Primera parte

1. Veintiocho días para la boda

La noche antes de que pasara, habían salido de celebración. Su mesa era un involuntario santuario de los dioses del *Schadenfreude*, plagada de copas de champán doradas y botellas puestas boca abajo en los cubos con hielo. La feliz pareja brindaba, sin saberlo, por el principio del fin.

La habitación estaba tenuemente iluminada; el aire tenía un toque salado debido al sudor de los que andaban de fiesta con la piel pegajosa. Eran más de las nueve de la noche, así que la zona del bar se había transformado en una pista de baile improvisada en la que la élite creativa de Londres, vestida con andrajos, iba encajándose entre sí como piezas del Tetris. Michael contemplaba la escena sentado en la esquina de un reservado de color rojo oscuro, con las largas piernas de su futura esposa extendidas sobre su regazo. Se sentía muy hombre. Borracha de mala manera, Ola bostezó con la boca tan abierta como un león bajo un mechón de trenzas de color azul oscuro. Se tropezó un poco al incorporarse para iniciar su tercera discusión simulada de la noche.

—Pero NO ME LO PUEDO creer —dijo Ola, fingiendo estar enfurruñada, adelantando hacia fuera el labio inferior de una manera que le quitaba años. A aquello no contribuía precisamente el hecho de que llevara corrida la barra de labios de color ciruela

oscuro por las comisuras de la boca, lo que le daba a su cara de bebé un aire de niña pequeña que asalta el neceser de maquillaje de su madre—. ¿De verdad que no me lo puedes decir?

Michael extendió la mano sobre el regazo de ella para coger otra copa.

—¿Cómo se supone que voy a saber la respuesta, hermana? —preguntó Michael.

Aunque estaba achispado, no había bebido tanto, y se dio cuenta de que iba a tardar un tiempo en alcanzar el grado de borrachera de su prometida. Ahora se habían pasado al vino y estaban en un club privado solo para socios de cuyo nombre no podía acordarse; no estaba seguro siquiera de cómo habían conseguido entrar. Mientras Michael sentía que el Merlot se le iba mezclando con la sangre y lo acaloraba, una música electrónica desatada retumbaba desde alguna parte de aquella sala abarrotada. Todo era una feliz confusión: no se acordaría de casi nada al día siguiente, pero los pequeños detalles se quedarían con él. El atuendo de Ola: un *bralette* de encaje negro conjuntado con una chaqueta gris y pantalones pitillo; sus risas ahogadas por la sala atestada de gente mayor bailando a contratiempo; el olor del cuello de Ola, la suavidad de su piel y de sus labios. Se habían pasado buena parte de la velada besuqueándose por los rincones oscuros, como dos adolescentes.

—Es una pregunta sencilla, nene —dijo Ola, adelantando el labio todavía más, en un intento poco convincente de parecer seria y ofendida—. Que no contestes es una respuesta, a decir verdad. —Ola desenredó con torpeza sus piernas de las de él y le dio la espalda, con los brazos cruzados. De manera nada disimulada, echó un vistazo por encima del hombro para ver si él la seguía mirando—. Si no vas a derramar lágrimas como una bestia en la boda, no quiero casarme —farfulló Ola.

Michael fingió un suspiro pensativo, sabiendo que aquello la provocaría.

—Vale, dame un minuto para que me lo piense.

Ola volvió a girarse con rapidez.

—¡¿Un minuto?! ¿Sesenta segundos enteros para decidir si el 8 de junio va a ser el día más feliz de tu vida? ¿El día que tú mismo has dicho que llevas esperando desde la primera vez que posaste los ojos en mí? ¡Y después te preguntas por qué digo que los hombres saben mentir!

—O sea, vi a Thierry Henry en Gatwick aquella vez, en 2008 —respondió Michael con ironía—. Y me saludó con la cabeza, te lo conté, ¿no?

—Eres un capullo...

—Déjame por lo menos que llegue a la iglesia y vea cómo es —dijo Michael soltando una risita—. Ya sabes que no me gustan las bodas espectaculares.

Ola chasqueó los labios.

—Sí, bueno, a este paso ni siquiera habrá boda. El hecho de que estés diciendo que no vas a ser feliz el día de nuestra propia boda...

—¡Ola! ¿Cuándo he dicho yo eso, por favor?

—... es una locura total. ¿Qué cosa puntuaría más en la clasificación? Ilumíname.

Michael se acarició la barba.

—¡No digas que la primera vez que te dejé metérmela, Michael! —dijo Ola, dándole un empujón a una copa con la mano derecha y propinándole un puñetazo a Michael en el brazo con la izquierda.

Él fingió una mirada incrédula, con las cejas levantadas, falsamente conmovido.

—¡Lo digo en serio! Porque estoy a punto de ponerme en plan *Real Housewives* de Streatham y tirarte esto.

Riéndose, Michael atrajo la cara de Ola hacia la suya. La miró, contemplándola durante un momento con los ojos dopados y entrecerrados; la besó en la frente.

Ola se rio y se limpió el beso mientras soltaba una risita histérica.

—¡Quítate, tío! Estás intentando distraerme y no te va a funcionar. Quiero respuestas, Michael. ¡¡Respuestas!!

Estaba levantando la voz; unas cuantas personas giraron la cabeza desde la barra y empezaron a lanzarles miraditas. Michael no se podía creer lo que le gustaba consentir a Ola, incluso cuando montaba una escena. Ese día sentía que podía decir, sin dudar, que amaba cada una de las cosas de Ola. De hecho estaba seguro de que, en aquel preciso momento, la quería más que a nada en el mundo.

No era capaz de acordarse de ningún momento en el que hubieran sido más felices. Nunca lo haría. Volvería a evocar aquella noche en las semanas siguientes y pensaría en todas las cosas que habría dicho y hecho de manera distinta. Si hubiera sabido lo que le esperaba al día siguiente, jamás se habría atrevido a arriesgarse a bromear sobre su futuro juntos. Le habría dicho a Ola que le costaba elegir el día más feliz de su vida porque no podía decidirse entre el día que ella había accedido a casarse con él o el día en que le había dicho que ella también lo quería. Le habría dicho que sabía que iba a ser el día de su boda, pero que, más tarde o más temprano, se vería superado por el día en que naciera su primer hijo.

A Michael se le escapó una sonrisa de satisfacción antes de volver a besar a Ola en la frente con ternura.

—¿Cuándo me dejaste metértela por primera vez, entonces? —preguntó Michael, que se encogió cuando el puño de Ola alcanzó con un ruido sordo el cojín después de no acertarle en el brazo.

2. Veintisiete días para la boda

Ola se despertó a las ocho y media de un lúgubre lunes del mes de mayo, con el sonido de la alarma acompañado por el tañido simultáneo de los mensajes de WhatsApp. Los pitidos agudos poco hicieron para sacarla de su confusión matutina, más enturbiada todavía por las botellas de champán compradas para dos (que, en la práctica, se había ventilado ella) la noche anterior.

—Mierda —se oyó susurrar.

No podía mover ninguna parte del cuerpo, salvo los labios. Era imposible que hubiera dormido más de cuatro horas. Se quedó tumbada un momento, saboreando los últimos segundos con la cara enterrada en la almohada, antes de que, oficialmente, se confirmara que llegaba tarde. Con languidez, estiró los brazos por encima de la cabeza y se volvió hacia la pared, donde, como un amante abandonado, yacía el iPhone, que se estaba cargando. Deslizó el dedo, alargado por una uña acrílica de color lima, a lo largo de la pantalla agrietada del teléfono para silenciarlo, y entrecerró los ojos para mirar la cola de notificaciones.

Ciento treinta y nueve malditos mensajes. Además, Ola adivinaba de quién serían y sobre qué: el capítulo final de la temporada de *Juego de tronos* se había emitido la noche anterior;

ya se imaginaba los apasionados comentarios del chat grupal de sus amigas.

RUTH: Nono lo siento tías pero Dany es una ídola. NO NOS QUEDA MÁS REMEDIO QUE SER SUPERFANS DE NUESTRA KHALEESI 🤔🤔🤔🔥🔥🔥

CELIE: Emm, yo sí tengo más remedio. Paso.

No sé qué, no sé qué, Lannister. No sé qué, no sé qué, el Muro. Ruth escribiendo todo con mayúsculas y *gifs* animados y párrafos serpenteantes; Celie puntuando las enfáticas diatribas de su amiga con un solitario «hermana...» o con una silenciosa cadena de signos de interrogación, sin más. Con cuanto más intensidad hablaban de ello, más segura estaba Ola de no querer tener nada que ver con lo que a ella le parecía un poco *El señor de los anillos* con cierto arco de oscura violencia sexual y una pizca de capacitismo.

Una veintena de mensajes serían sin duda de la floristería, para preguntarle por los detalles de alguna cosa que Ola les había descrito el día anterior. Se sentiría menos ofendida por las incesantes preguntas sobre la proporción de peonías y rosas del ramo si no se hubiese gastado tantísimo dinero esperando ahorrarse el tener que intervenir ella directamente. Se preguntó si la florista no estaría haciendo todo lo posible para justificar sus exorbitantes tarifas pareciendo lo más ocupada posible o si sería verdad que necesitaba que le respondiera. Ola no estaba segura de qué era peor.

Se estremeció cuando el teléfono zumbó dos veces más. Era probable que la mayoría de los mensajes (que ahora habían aumentado hasta ciento cuarenta y uno) serían de su jefa, Frankie. Ola le había prometido enviarle el texto para un *post* patrocinado a las siete y media de la mañana, «como muy muy tarde». Había dejado arrinconada esa entrega en el fondo de su

mente por culpa de los encargos de la boda: las sillas especiales, la mesa alta, los manteles y las servilletas, las cortinas, el mobiliario para el *lounge*, la pista de baile portátil, la iluminación.

Además, si calculaba lo que costaban aquellas cosas: Bueno, hasta ese momento, más que su préstamo universitario. La semana anterior le había pedido a su jefa que le ampliara el plazo de entrega, ya que le estaba costando mucho hacer funcionar el artículo. Le habían encargado encontrar un vínculo consistente entre los fundadores —hombres— de una marca danesa de juguetes sexuales bañados en cannabidiol, *Kalmte Kut*, y el movimiento *body-positive*. En parte, Ola lo había propuesto con la vana esperanza de que Frankie se lo endilgara a otra empleada de *Womxxxxn* a quien se le diera mejor disfrazar las notas de prensa de marcas seudofeministas. Sin embargo, Frankie no lo había hecho y el artículo seguía sin escribir.

De Tooting a Victoria: Ola tenía menos de veinte minutos para arreglarse. Con ojos somnolientos, tecleó el año de nacimiento de su padre en el teléfono. Como respuesta, vibró:

Estás #BLOQUEAT hasta las 9:30 (56 minutos)

Abrumada, respiró hondo.

—Mierda, mierda.

El iPhone de Ola estaba repleto de aplicaciones para ponerse las pilas, y todas ellas caídas en el olvido. Aplicaciones sin usar para el insomnio. Aplicaciones para correr que había abandonado hacía mucho, ya que era sedentaria el ochenta por ciento de la semana. Y, por supuesto, #BLOQUEAT, una aplicación infranqueable para controlar el tiempo de uso del móvil que había instalado para no acercarse a las aplicaciones por la mañana, ya que lo más probable es que fuera una

adicta. Estaba harta de ver su cronología de Twitter nada más despertarse. La última vez que lo había comprobado, pasaba casi seis horas al día frente a la pantalla, el doble de la media nacional. Después de fracasar tres años consecutivos en sus propósitos de Año Nuevo, era o #BLOQUEAT o algún tipo de rehabilitación tecnológica. La aplicación cumplía con su cometido: una ventana emergente oscurecía la pantalla del teléfono e impedía acceder a él hasta que se desbloqueaba a las nueve y media de la mañana, pero como su móvil seguía vibrando y haciendo mucho ruido, Ola sentía que las virtudes de la aplicación quedaban opacadas por el hecho de que era un completo peñazo.

En ese momento, Ola se incorporó. Descorrió las cortinas, de un color naranja vivo que contrastaba con el cielo lúgubre del sur de Londres, y se volvió para inspeccionar su dormitorio en busca de daños y perjuicios. No estaba demasiado mal. La ropa de la noche anterior estaba colgada a los pies de la cama. Evitó la mirada del dibujo lineal de Maya Angelou, que había pedido por Etsy con las palabras AUN ASÍ ME LEVANTO escritas debajo en cursiva, y al lado de su cactus zigzag vio una caja de Chicken Corner llena de huesos roídos. Había un cerco en el escritorio dejado por una taza con vino, pero, salvo por eso, había salido bien parado. Aun así, las pruebas de la noche anterior estaban esparcidas por la habitación como si fuera la escena de un crimen; la Ola borracha había dejado pistas para que rellenara las lagunas.

Entró en el cuarto de baño y, con el iPhone aún agarrado, se quitó con lentitud la enorme camiseta que utilizaba como pijama, demasiado resacosa como para acelerar el ritmo. Se recogió en un gran moño sus interminables trenzas de color azul marino y lo cubrió en parte con un gorro de ducha demasiado pequeño. Después de colocar el teléfono a un lado del lavabo, se quedó de pie desnuda frente al espejo del baño

y se contempló. Sus ojos, de un color marrón oscuro, estaban ahora enmarcados por las ojeras. Enseñó los dientes; el Merlot le había dejado las encías y la lengua ennegrecidas. Mientras se metía en la ducha, sonrió al recordar la noche anterior. Había sido una gran velada. No como en los viejos tiempos, tal vez mejor. El pobre chaval había vuelto en el Uber con ella para meterla en la cama, bendito fuera; en la habitación todavía olía a la loción para después del afeitado de Tom Ford que utilizaba Michael. Aunque no se acordaba del trayecto de vuelta a casa, vislumbraba vagamente a Michael quitándole los zapatos de tacón y a ella agarrándole la cara, diciendo su nombre con voz cantarina mientras él la arrebuja debajo del edredón. Ola sintió una punzada de culpabilidad: él tenía que levantarse temprano aquella mañana; esperaba que sus travesuras no le hubieran afectado en su primer día de trabajo.

Ola y Michael se habían conocido tres años antes, en el verano de 2016, en un encuentro de afrobritánicos para establecer contactos en el mundo de los medios, cuando en las listas de éxitos predominaban canciones de Drake que provocaban mil situaciones: *Controlla*, *One Dance*, su versión de *Work* con Rihanna. Congeniaron enseguida. A ella le había sorprendido gratamente que, una semana después, le pidiera salir, y anunció la inminente cita en el chat grupal con sus amigas mostrándole la segunda mejor foto de él que había encontrado en su perfil de Facebook. En la mejor que tenía, estaba en una fiesta del Día de la Independencia de Ghana con la camisa desabrochada hasta casi el ombligo, luciendo una bandera del país a modo de improvisado pañuelo. Ola quería evitar que lo tachasen de *fuckboy*, así que eligió una foto en blanco y negro en la que parecía un conferenciante de motivación personal.

Ruth dijo en el grupo de WhatsApp llamado «Lo mejor de Saint Augustine»:

No te voy a mentir, está CAÑÓN, pero en realidad parece un *fuckboy*
LOOOL

Y Celie añadió:

Tiene pinta de ser el que tocaba los tambores en la iglesia. Y ya sabes que son los peores de todos

Por lo menos admitieron que era guapísimo. Michael era incluso más alto que Ola, medía uno noventa, tenía los ojos almendrados y un cutis perfecto. Debajo de la barba, cuidada a conciencia, un rostro tallado en mármol negro. Vestía bien, fijándose en los detalles; siempre llevaba una fina cadena de oro y una argollita pequeña en la oreja izquierda que su madre odiaba y Ola adoraba. Su aspecto era lo único en lo que coincidían sus amigas. Celie y Ruth ni siquiera estaban seguras de que nadie que le gustase a Ola fuera lo bastante bueno para ella, lo que reflejaba unos niveles de exigencia extremadamente altos (que Ruth no conseguía sostener en su propio caso y que Celie, casta a perpetuidad, no tenía que cumplir), más que el mal gusto de Ola. Así que ella ni se inmutó por la opinión que sus amigas tenían de él. A Ola le gustaba cómo se sentía cuando estaba con Michael. Más suelta, menos ella misma, pero más ella misma. Él era un animal de calle, divertido y amable. Y puede que a Ola no le gustara tener que pagar siempre la cuenta del restaurante, pero le gustaba todavía menos lo que habría dicho de ella que castigase a Michael por eso.

—Con todo lo que escribes sobre la brecha salarial de género, no tienes excusa —dijo Ruth cuando empezaron a salir.

—Tiene toda la razón —concordó Celie—. La Biblia habla de unirse en yunta igual, no en ruina igual.

Cuando Ola contraatacó diciendo que, por definición, estaban unidos en yunta igual, Ruth y Celie cerraron las bocas

como si fueran dos líneas gemelas y sombrías. Aunque solo parecían estar de acuerdo cuando discrepaban por el gusto de Ola en cuanto a hombres, se habían puesto manos a la obra con la organización de la boda y ayudaban a Ola de todas las maneras que podían, por lo que les estaba agradecida, pero sabía que seguían teniendo sus reservas sobre Michael. Seguro que estarían satisfechas ahora que iba a ganar más que ella en su nuevo trabajo. Ola no había decidido todavía cómo se sentía al respecto —había destinado más dinero a la boda que él, al fin y al cabo—, pero la felicidad que sentía por que tuviera trabajo dejaba aquello en segundo plano.

Perdió el hilo del pensamiento cuando su teléfono empezó a vibrar otra vez, con una intensidad que a Ola le pareció creciente. Alargó la mano a ciegas para cogerlo y, mientras se limpiaba la cara con una loción con aroma a vainilla, le dio la vuelta a la pantalla despacio. El nombre FRANKIE W destellaba con furia como una advertencia. Se dio cuenta de que junto a ciento cuarenta y ocho mensajes, enterrados bajo una oleada de notificaciones de Instagram y de Twitter, tenía diecisiete llamadas perdidas que el teléfono no le había enseñado hasta entonces. Aquello era la confirmación de que había metido la pata hasta el fondo. Derrotada, Ola cerró la ducha, se envolvió en una esponjosa toalla turquesa y se quedó mirando fijamente las baldosas del suelo del cuarto de baño.

Antes de aquel contratiempo laboral, por primera vez desde hacía mucho tiempo, se había sentido en paz. O todo lo cerca que podía estar de esa sensación. Esa paz real de «llevar al día todos los preparativos de la boda, todo lo marcado en el calendario de Google, todas las facturas pagadas» le resultaba una sensación tan extraña que no podía relajarse ni confiarse del todo a ella. Se sintió más segura cuando por fin llegó la tormenta a la que había precedido la calma.

Aquella mañana, creía que la tormenta iba a presentarse en forma de Frankie convocándola a un rapapolvo disfrazado de «charla rápida» cuando entrara en la oficina, pero en realidad se desató unos minutos después de que llegara, a las nueve y media en punto, cuando la aplicación por fin le permitió acceder al teléfono. Fue a marchas forzadas hasta su mesa, con la mirada tan gacha que ni siquiera estaba segura de que Frankie hubiese llegado ya. Desbloqueó el teléfono: los primeros cuatro mensajes eran, tal como sospechaba, de Celie y de Ruth. Con su animación característica, los de Ruth decían:

EMERGENCIA. CONTESTA EL PUTO TELÉFONO!
POR DIOS SANTO, OLAIDE!!!! NO HAS ENTRADO EN TWITTER???
LLÁMAME EN CUANTO PUEDAS
LA HAS VISTO??? HAS VISTO LA LISTA?

El mensaje de Celie, corto y directo como ella, consistía en solo tres palabras:

Tas bien, Ola?

La lista

Un solo clic puede desmoronar toda tu vida.

Ola Olajide, una mediática periodista, va a casarse con el amor de su vida dentro de un mes. Jóvenes, guapos, con éxito, Michael y ella parecen tenerlo todo.

Hasta que una mañana, al despertar, los dos reciben el mismo mensaje: «¿Has visto la Lista?».

Un listado de acusaciones anónimas sobre hombres maltratadores se ha publicado en internet. Ola se ha labrado un nombre dando en primicia este tipo de noticias. Normalmente, sería la primera en cubrir el tema y pedir que despidieran a esos hombres, pero, esta vez, el nombre de su prometido está en la lista.

Con su futuro en juego, Ola le da un ultimátum a Michael para que demuestre su inocencia antes del día de la boda, pero ¿y si la verdad de lo que ha pasado lo cambia todo para ellos?

AdN

3655036

